

ABRACEMOS LA CREACIÓN

Abracémosla, sí, con amor, con suavidad, con ternura de enamorados. Porque ha sufrido mucho, como un perro callejero, como una puta pobre que lleva las marcas de la sangre pintadas.

Sufre por los basureros desbordados, irrecuperables, cicatrices que ocultaremos bajo un verde manto de hierba artificial.

Por los peces simulados tras las vidrieras una vez que el río quedó seco porque el agua se escapaba por los grifos.

Por los ácidos, los arsénico, los cáusticos, los tóxicos que derramamos sobre el verde de su piel, sobre el azul de su sangre acuosa, en la capa aérea con la que nos acaricia por las tardes.

Por todo el trinitrotolueno y sus sinónimos, rayos de muerte sobre su cuerpo doloroso de tanto parir vida y sobre tanta vida parida.

La tenemos que abrazar y acunar a esta hija que sufre tanto, antes de que nos quedemos sin tacto, sin manos, sin brazos, reventados por el tiro fallido de nuestra escopeta criminal.

Tenemos que abrir las manos a sus hijos pobres, a los que la creación dio a luz y les vamos dejando en la sombra, en la oscuridad, en la tiniebla, en la nada. ¡Qué habrá sufrido tanto, ella que es madre tan generosa, desprendida, dadivosa al ver que se les retira a sus pequeños hijos débiles de la mesa que ha preparado durante años y milenios! ¿Por qué unos miles de pocos se transformaron en ratas que solo mordisquean simplemente para que nadie pruebe? Es preciso recuperar los nombres olvidados de los desahuciados y traerlos a la mesa de la creación y disfruten en sus años de una naturaleza fecunda y feliz, hijos, hijas de la vida.

Reconsideremos los caballos del progreso que no dejan crecer la hierba tras su paso y caminemos con humildad, más al descampado, con menos lastre para sentir de nuevo, que también somos tierra, humus, bacteria, sol, luz de estrellas, sonido y canto, sentimiento, sílabas de alguien que nos deletrea.

Que no se haga esperar este abrazo, que no esperemos tanto, que es ella la que nos envuelve, quien nos acoge, nos cuida y nos serena antes de que volvamos a su vasija de barro cálido. Que retornemos como hijos e hijas pródigos a su casa abierta, desarmados, arrepentidos antes de que se acabe la fiesta o se avinagren los aromas que nuestra madre tierra había cultivado en sus entrañas.

Hagamos una cadena de brazos entre todos los amantes para recuperar a la esposa a la que hemos lanzado a los burdeles plásticos y diseñemos un hogar común donde podamos amarnos, donde quepan hasta las piedras de las que nunca sabemos si nos están mirando. Hagamos una cadena de brazos, una muralla, un acantilado, una cordillera, un océano, un firmamento para abrazar a quien es madre, esposa, hermana, hija y poner en ella, como una medicina, nuestro beso enamorado que nos cure.